

La verdad como actitud y ejercicio en la música

Josep Ramon Jové

No hay lugar para mentiras en la música de John Coltrane, y quienes de tarde en tarde penetramos en el universo ofrecido por ese mago negro pegado a un saxofón, intuimos con bastante certeza que la suya fue, ante todo, la mística de la verdad.

"La música tiene que hablar por sí misma", le decía *Trane* al crítico Nat Hentoff durante una entrevista, "yo preferiría que no hicieras ninguna acotación técnica, porque podría interferir con la posibilidad de la gente de descubrir qué es lo que la música guarda para ellos" (1). Quizá amor para unos, gozo o liberación para otros, pero nunca el vacío ni nada parecido a la indiferencia. La música de Coltrane puede ubicarse en cada uno de los dos extremos más radicales de la actitud del hombre ante el arte, gusta o molesta, y, precisamente por eso, nadie puede negarle el valor de la honestidad.

Con un sonido de creciente expresividad y un lenguaje que luchaba por destilar el concepto sin desnudar la frase de sus matices, Coltrane nos otorgó algo de lo que todavía seguimos disponiendo: aullidos o susurros instrumentales que desde un principio suponen un sentimiento de complicidad de nosotros hacia ellos o viceversa. Supo tocar con una sinceridad desmesurada fluyendo de su saxo después de haber efectuado el viaje por su mente, su estómago y sus pulmones. La suya fue una verdad tenaz, intrépida y laboriosa, una poética sonora que, además de augurar nuevos tiempos, conseguía, a la vez, expresar una tradición cuya antigüedad no era otra que la de los espíritus que habitaron sus entrañas de músico negro y casi despreocupado de todo aquello que no estuviese ligado a las claves de su elección expresiva.

"Toca como si no supieses tocar", le había dicho Miles en ese tiempo que les reunió en un quinteto sin par, y el saxofonista avanzaba a grandes zancadas hacia un código privado de valores universales expresados con oficio de músico. No hay que permitir la duda, basta con escuchar *Naima*, *I Want To Talk About You*, *Lush Life* o tantas otras baladas inmensas, cuyo irónico lirismo jamás permite la total ausencia de algún que otro tormento. Baladas siempre capaces,

como un prodigio, de conseguir la expresión de un optimismo ambiguo y por tanto sacado de la lectura de su tiempo y su vida, un ejercicio latente y vivo expulsado al exterior desde un saxo tenor o soprano. Luego estaría la fuerza, puede que incluso la rabia, el ritmo jugando consigo mismo en un éxtasis nacido del contagio de las cosas y sus múltiples caras. Eran los vértigos imparables de un músico en continua fase de experimentación metidos en *Traneing In*, *My Favorite Things* o *A Love Supreme*, tesituras enfrentadas en la magia de un discurso demoledor y coherente, notas de un músico que no se resignó a creer en el horizonte, siempre al acecho de una alquimia definitiva para romper de una vez los límites de la expresión. Ese era John Coltrane, el saxofonista que sugería caricias y huracanes, habitante del centro de una espiral donde reside una verdad que obliga a buscar el camino hacia ella.

El amor, el gozo, la celebración o la libertad no son más que algunos entre otros muchos elementos que quedan supeditados a la verdad en la actitud mística de John Coltrane, una verdad indiscrible pero perceptible mediante la sensibilidad, eternamente hermosa e intuitivamente sustancial en todas las formas que él utilizó para expresarse durante su búsqueda. Por eso, ni uno solo de los compases que *Trane* interpretó o escribió quedan sumidos a un tiempo. En él, el volátil sentido de lo anecdótico no puede servir. Fue mucho más que un innovador del jazz en los sesenta, y su figura también sobrepasa el perfil del líder de una negritud en pie de guerra. La imagen del Coltrane absoluto trasciende al músico y sus geniales audacias. Nos remite a una mística tan desnuda en su belleza primitiva como es la de la verdad. ■

Nota

(1) Hentoff, Nat: *Jazz Is* (Random House, 1976). Edición castellana. Edit. Pomaire, 1982.



C. Stewart.